

The background is a rich, detailed historical painting. It depicts a bustling harbor scene with numerous sailing ships of various sizes in the water. On the shore, a large, diverse crowd of people is gathered, some appearing to be in a state of distress or seeking aid. In the foreground, a woman in a dark, long-sleeved dress with a red lining is prominent, looking towards the viewer. The sky is filled with dramatic, golden-hued clouds, and a large, billowing white cloud or smoke plume rises from the harbor area. The overall atmosphere is one of historical significance and human drama.

Mi extraña amiga Katalina

— — — — —
Mila Beldarrain

ETARTALO

Diseño de colección y portada: Unai Arana

© Mila Beldarrain Albaitero
© Ediciones TTARTTALO / Colección Abra
© Imagen de portada: Patrimonio Nacional
(Felipe III en San Sebastián, 1615)

Portuetxe, 88 bis / 20018 Donostia
Tel. 943 310267 / Fax 943 310216
ttarttalo@ttarttalo.com
www.ttarttalo.com

I.S.B.N.: 978-8-4984-3497-2
Depósito Legal: SS-710/2009

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y sgts. Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

ePub: booqlab

A todas las mujeres, mis hermanas.

CAPÍTULO I

Jueves, 3 de julio

Aquel jueves, sentada frente al mar, reviví con minuciosidad enfermiza los últimos meses. Había llegado sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta. Se había colado por alguna rendija, escondida entre las miles de diminutas tareas de la vida cotidiana. Y, poquito a poquito, silenciosamente, como una serpiente vieja y sabia que sabe hacer bien su trabajo, había acabado por instalarse en nuestras vidas dejándonos secos de amor, de ilusión, olvidados de todo lo que un día habíamos sentido. No sé si fue Martín o yo el primero en darse cuenta, pero eso no importa. Lo que sí sé es que, de pronto, una tarde igual a otras, me sentí vacía, insensible, sin alegría. Y entonces comprendí que llevaba demasiado tiempo escenificando el amor gesto a gesto como una actriz experimentada, sin inventar nada, repitiendo el ritual con la misma perfección de un robot japonés. Por fin admití lo que me estaba ocurriendo, y empecé a navegar entre sentimientos de culpa y una tristeza infinita. Fueron días malos. No me gusta engañarme, ni engañar, por eso, como un animal herido, me escondí del mundo y de Martín. Volvía tarde a casa pretextando mucho trabajo y dejé de dar audiencia a los amigos. Nece-

sitaba pensar en soledad y tomar una determinación, la ambigüedad no es mi estilo. Pero Kiwi me descubrió. Kiwi, la experta psicóloga, aunque asegura que también es médium, chamana, rescatadora de almas perdidas y que se comunica con los espíritus, fue el bastón que me dio apoyo cuando mi mundo se tambaleaba. Catherine Almandoz, hija de baztanés y colombiana, podía ver en las profundidades más oscuras del alma. Recordé que el nombre de Kiwi se lo puso Martín, porque tiene los ojos de un verde intenso, que contrasta con la piel morena y el pelo muy negro. Kiwi tropezó conmigo en uno de aquellos paseos solitarios dedicados a aclarar mis ideas y mis sentimientos, y enseguida supo entender lo que pasaba. Y entonces me derrumbé. Hablé y hablé a borbotones, maldije la rutina que había acabado con mi ilusión, imaginé soluciones de compromiso que rechacé yo misma enseguida. Y por fin volví a ser yo. Me daba un plazo de un mes para volver a quererle, para recuperarme y recuperarle, después, si todo seguía igual, le plantearía claramente el problema a Martín. Kiwi estuvo de acuerdo con mi decisión.

Se cumplió el plazo y admití mi derrota. Invité a Martín a cenar en el restaurante del Aquarium. El sitio es tranquilo y pensé que quizás la visión del mar inmenso quitase dramatismo a la situación y nos ayudase a clarificar la mente y el corazón. Aunque parezca raro, cené con apetito. Creo que aún creía en los milagros, que tenía la esperanza de que Martín, después de escucharme, me abrazaría allí mismo, delante de todo el mundo y el océano, me susurraría las palabras mágicas que disolverían la oscura tela de araña en la que estábamos atrapados, y todo volvería a ser como antes. Llegamos al postre, y le conté lo que me pasaba y eso que creía que también le pasaba a él. Lo que vino después me dolió, aunque no debía haberme dolido. Sin embargo aquel dolor rompió la niebla espesa donde desde hacía tiempo vegetaba como una zombi y me recordó que aún estaba viva. Él, después de mi discurso, sintió alivio, su mirada se volvió transparente para mí y descubrí que la nubes oscuras, que apagaban sus pupilas durante los últimos me-

ses, desaparecían volando. Suspiré y volví a tomar las riendas de la situación. Martín no me hacía daño, era mi orgullo herido el que me dolía. Luego todo acabó bien. Me dijo que tenía la oportunidad de pasar un año en Estados Unidos estudiando no sé qué cosa del genoma humano, que era a lo que se dedicaba, y que de esa manera nos daríamos un plazo. Y estuve de acuerdo. Aquella noche, la última antes de nuestra separación temporal, hicimos el amor con la pasión de los desesperados. Cosas raras de la condición humana.

Y organicé mi nueva vida. Kiwi también me ayudó mucho en esta vuelta a empezar. Kiwi, la mujer tranquila, segura de lo que quiere y muy independiente, sabe convivir sin problemas con esa parte de su yo irracional que le hace creerse bruja y estar en contacto con el más allá. Además vive su drama con una sencillez que emociona. Hacía cinco años que, una tarde tonta de lluvia, su compañero murió en un accidente de tráfico en la A-1, a la altura de Andoain. Nunca le habíamos visto llorar. No hacía ningún alarde de su dolor, pero yo sabía que su vida se había roto. El día que me confesó que nadie volvería a ocupar un lugar en su corazón, que no era una decisión personal, simplemente sentía que aquel amor seguía llenando su vida, sospeché que su mitad chamana podía tener algo que ver en aquel sentimiento, pero nunca se lo he dicho. La serenidad, la paz, que transmite Kiwi siempre me da envidia, aunque ella diga que es ella la que envidia mis arrebatos de pasión, mi entrega a los proyectos dándolo todo. Sin embargo, creo que se equivoca, desgraciadamente su visión es demasiado optimista. La verdad es que soy exagerada y desmedida, lo que para algunos me convierte en un ser desagradable. Por eso me gusta que Kiwi piense así. Dice que bebo la vida con la glotonería del sediento y que beber con sed es un placer enorme. No sé, igual tiene algo de razón. En fin, como también soy práctica, pasé página y no tardé mucho en decidir qué iba a hacer en aquel tiempo sin Martín. El mismo Martín me había dado la idea la noche de nuestra cena de despedida. Así que pedí un año sabático y me dispuse a

trabajar sobre la figura de Katalina de Erauso, un personaje que siempre me ha interesado. Ahora quería disfrutar con toda la alegría de que soy capaz hurgando en la vida de esa mujer.

Ese mismo jueves por la tarde, Kiwi y yo fuimos paseando hasta el bar Branka. Aproveché para darle la chapa sobre Katalina, necesitaba su ayuda para resolver el enigma de la condición sexual de aquella mujer. Katalina de Erauso es realmente un personaje singular. Donostiarra, nacida en 1592, fue monja, huyó de su convento, se hizo pasar por un hombre y llegó a ser alférez en América. Yo quería exprimir los conocimientos de mi amiga psicóloga y pedirle que me contase de manera sencilla las diferencias entre travestis, transformistas, transexuales, gays, lesbianas y bisexuales. Kiwi podía ayudarme a conocer y a entender a Katalina. Durante el paseo me dediqué al interrogatorio. Para alivio de Kiwi por fin llegamos. El Branka, al lado del Peine del Viento, es un buen sitio. Todos los jueves hacen allí música de jazz en directo y es agradable tomar una caña mientras escuchas música y miras la bahía, Urgull y la isla de Santa Clara. Arrullada por la música imaginé el San Sebastián de los tiempos de Katalina. Por aquellos años la ciudad tenía unos 7.000 habitantes. Había un puñado de familias importantes que mangoneaban las instituciones: Los Idiáquez, Butrón, Olazábal, Ercilla, Oquendo, Beroiz, y algunos más, formaban el grupo de los llamados "millaristas", es decir, poseían dos millares de bienes intramuros y extramuros, que se concretaban en casas enteras, fincas, manzanas con más de cien manzanos y viñas hermosas. Esas posesiones les permitían ser elegidos para ejercer cargos públicos y ostentar el poder de la villa. Por ejemplo, Miguel de Oquendo y, su mujer, María de Zandategui, vivían en la calle Embeltrán, tenían otra casa en la calle de la Trinidad, además de la casa de Manteo con huerta y tierras, y las ca-

sas de Rezusta y de Alzo, en Lasarte. El puerto, que yo ahora veía diminuto allá a lo lejos, entonces era un puerto que movía mucho dinero. Las Hermandades de Pescadores habían reservado una zona de pesca de anzuelo para que todos los pobres, ancianos y niños de la ciudad pudieran mantenerse con lo que pescaban. Cerrando los ojos me podía imaginar el trajín de barcos y de gente, el aleteo de las velas azotadas por el viento, las cuadrillas de mujeres descargando el trigo de los navíos y distribuyéndolo casa por casa, en donde se guardaba, se vigilaba, se aireaba, para que no se estropease. Había otro puerto en la Zurriola, el de Santa Catalina, allí también fondeaban muchos barcos. Tenía ya entonces un puente que cruzaba sobre la desembocadura del río. Era el puente más importante de la villa, "de madera muy hermosa, de casi quinientos pasos de largo sobre grandes pinzones de pinos y mástiles altos y gruesos". En el lugar que hoy ocupan el Hotel María Cristina y el Teatro Victoria Eugenia, tan elegantes y decimonónicos, crecían, como setas, cabañas humildes donde venían a invernar muchos ganaderos y sus rebaños. En esas cabañas de los arenales las mujeres preparaban también el bacalao para su venta. Además, en la Zurriola, estaban relegados los zapateros y los tintoreros para que sus malos olores no llegaran a la ciudad.

La voz de Kiwi me despertó de mi sueño.

—¿En qué piensas?

—En nada.

—¿En Martín?

—No, no.

No sé si me creyó, pero la verdad es que estaba muy lejos de Martín y también de ella.

—La música ha terminado.

Era verdad, y no me había dado ni cuenta.

Salimos del Branka. Era muy tarde. Hacía una noche tranquila, oscura, como de terciopelo, y había una luna muy grande. Entonces a Kiwi se le ocurrió que nos acercáramos al Peine del Viento, que está al lado, para oír la voz del mar y sentir el misterio que, según ella, se enreda en los brazos retorcidos de la escultura de Eduardo Chillida. Y acepté compartir durante un rato su yo mágico.

El Peine del Viento es tan grande como tiene que ser un peine para vientos. Se compone de tres piezas de acero que pesan 10 toneladas cada una. Cada pieza está formada por unos garfios enormes. Los garfios atrapan el espacio y, según dijo Chillida, peinan el viento del noroeste, el que viene de Galicia y entra en la ciudad por esa esquina del monte Igeldo.

Pasa siempre; Kiwi, en cuanto llega allí, se transforma, su yo racional se esfuma y no habla de otra cosa que de magia y de energías raras. Yo le suelo decir que no se ponga pesada, pero tiene razón. Esas púas de acero, que parecen nacer de las propias rocas, se recortan contra el mar inmenso y acarician el horizonte abierto a otros mundos, acarician lo oculto. El paisaje es misterioso. Y las gradas de granito del arquitecto Peña Ganchegui invitan a la contemplación.

Mientras íbamos hacia el Peine, Kiwi quería hacerme comprender el universo oculto que nos rodeaba. Yo le escuchaba con media sonrisa de suficiencia, aunque la verdad es que tengo también mi puntito de bruja.

No había nadie.

La soledad hacía compañía.

En cuanto nos acercamos, el rumor del mar invadió la noche. Me olvidé de Kiwi y me dejé envolver por el ruido de las olas. Y ahora sí me acordé de Martín. Si pudiese andar sobre el mar, andando, andando, habría llegado a América, habría llegado hasta él, pero todavía no sabía si Martín se habría encontrado sólo con mi cuerpo o también con mi corazón.

Volví a escuchar la voz de Kiwi que parloteaba sobre espíritus y presencias.

Y entonces sucedió.

Apoyado en el garfio que crece sobre una roca en medio del agua, vi a un hombre. Cerré y abrí los ojos varias veces. Mi cerebro estaba tonto, era imposible que ninguna persona llegase hasta allí un día de marea alta. De pronto la imagen desapareció. No sabía lo que me estaba pasando. Y pedí ayuda.

–Oye, ¿no has visto nada?

Había hablado tan bajo que Kiwi miró hacia los dos lados por si alguien nos estaba escuchando.

–¿Qué tenía que ver?

–He visto una figura recortada sobre aquella roca.

–No digas bobadas.

–Vale, muchas gracias, hace un momento alardeabas de ser una médium experta en esas cosas.

Pero no tuve mucho tiempo para seguir protestando, porque enseguida nos quedamos las dos paradas como dos estatuas.

Una estela luminosa y rara caracoleaba cerca de las siete ranuras que hay en el suelo de la plaza que rodea al Peine. Las siete ranuras, que llegan hasta el mar, recuerdan los respiraderos de los barcos. A las niñas les gusta colocarse sobre esos agujeros, porque por ahí sube con fuerza el viento que mueve las olas y les levanta las faldas como a Marilyn Monroe.

–Ahí está otra vez.

La voz de Kiwi, siniestra, como un susurro extraño en la oscuridad, me sobresaltó y pegué un respingo.

–¿Quién es?

–Aún no lo sé.

La estela luminosa era un cordón muy bonito, azul turquesa, que resplandecía sobre el suelo.

–Yo no me acerco.

Y puse mi cara de terca que tanto odia Kiwi.

No tuve éxito.

–Claro que nos vamos a acercar, y ahora mismo.

Lo esperaba.

Pero no hubo tiempo a discusiones.

Delante de nuestras narices, un chorro blanco brotó de pronto de una de las siete ranuras y subió muy alto hasta el cielo. Luego el chorro blanco se deshizo en la nada y la figura que yo había visto antes sobre una roca apareció delante de nosotras.

–Buenas noches.

A pesar del vozarrón y el aspecto, se notaba que era una mujer. Vista de cerca no era muy fea.

Kiwi contestó al saludo con un hilillo de voz que quería ser amable y yo me dediqué a observar a la cosa aquella con la curiosidad de un científico ante la aparición de una nueva especie de bacteria extravagante.

–Me gustaría charlar un rato con vosotras, ¿qué os parece si nos sentamos ahí? –un dedo grande y huesudo señaló las gradas de la plaza.

Asentimos las dos con la cabeza.

Y, cuando ella empezó a andar, Kiwi le siguió como un corderito, así que ocupé mi sitio en la fila india.

Nos sentamos y las dos se quedaron en silencio, supongo que contemplando la noche tranquila, la luna grande y el mar.

Yo no tenía ojos más que para la mujer. Era alta, hombruna y, ya lo he dicho, no muy fea. Llevaba un pantalón de buen corte, de color indefinido, y una camiseta oscura. No se le distinguía el pecho. Además me di cuenta de que ahora nosotras también estábamos dentro del círculo que formaba la línea luminosa que antes caracoleaba por el suelo.

Luego Kiwi rompió el momento mágico.

–¿Quién eres?

La observé otra vez con curiosidad.

–Soy Francisco Loyola.

Kiwi y yo nos miramos sin entender, no conocíamos a nadie con ese nombre.

–Está bien, ése es el nombre que adopté para que nadie me descubriera. En realidad me llamo Katalina de Erauso, hija del capitán don Miguel de Erauso y de doña María Pérez de Galarraga y Arce.

Entonces sólo pude decir:

–¡¡Joder!!

Kiwi me miró con desprecio infinito y Katalina soltó una carcajada que hizo vibrar el granito del suelo.

–Lo siento.

–No te preocupes.

Kiwi, demostrando que estaba acostumbrada a este tipo de acontecimientos fantasmales, me habló con mucha calma.

–Has sido tú la que la has traído a este lado, tu interés en su historia ha abierto el camino.

Katalina confirmó lo que Kiwi decía y luego confesó que además quería pedirnos un favor.

Le escuchamos atentas.

–Veréis, durante muchos años, he tenido en mi poder unas cartas de enorme valor histórico.

Nos miró fijamente, quería saber qué efecto nos había causado su declaración.

–¿Y?

Kiwi me había quitado la palabra de la boca.

–Bueno, pues que me las han robado.

Kiwi fue al grano.

–¿Y qué tenemos que ver nosotras?

–Necesito vuestra ayuda para recuperarlas.

Nos quedamos calladas.

Katalina insistió.

–Quiero recuperarlas y sólo vosotras podéis ayudarme.

Mi cabeza estaba en blanco y, al escuchar a Kiwi, la admiré más que nunca, era capaz de mantener la calma en una situación como la de ahora, la calma y la inteligencia.

–¿A cambio de qué?

–De algo que os interesa.

–Pues como no te expliques...

–De acuerdo. Tú eres médium, o al menos eso dices, ¿no?

–No lo digo, lo soy.

–Bien, entonces valorarás el poder charlar con un fantasma.

–¿Con cuál?

La carcajada de Katalina por poco nos deja sordas para siempre.

–Conmigo.

Kiwi no pudo menos que sonreír y yo empecé a volver en mí; me acababa de dar cuenta de que debía exigir mi parte.

–Y a mí, ¿qué me vas a dar?

–Tú eres escritora, ¿verdad?

–En mi caso, sí puedes decir que eso lo digo yo.

–Te contaré la historia de mi vida.

–Ésa ya me la sé, está publicada y la he leído.

–Bueno, como también sabes, cada uno escribe su historia como le conviene, y yo ahora me comprometo a contarte la verdad, sólo la verdad de lo que pasó y de lo que sentí.

–Pero es que yo quiero saber además algo que nunca has contado.

La mirada de Katalina se volvió oscura como un murciélago y tardó en contestar.

–También te hablaré de eso.

Nos quedamos las tres calladas, Kiwi fue la que rompió el silencio.

–¿Qué tenemos que hacer?

–Veréis, yo mantenía correspondencia con una monja de un convento de Soria donde estaba de abadesa sor María Jesús de Ágreda, que era confesora de Felipe IV. Gracias a mi amiga, me enteraba de muchas cosas.

Aquello no me cuadraba.

–Perdona, las cartas de las monjas las leía primero la abadesa, así que no creo que tu amiga te pudiera contar muchos secretos.

–Te equivocas, nuestra correspondencia era en euskera y la abadesa lo admitía porque era la lengua materna de mi amiga.

–¿En euskera?

–Sí, ¿qué pasa?

–Que ya se sabe que en el siglo XVII, aunque hablabais en euskera, escribíais en castellano.

–Estás mal informada, los documentos oficiales eran en castellano, pero las cartas personales muchas veces se escribían en euskera.

Tuve que admitir que no lo sabía.

Kiwi estaba muy interesada en aquella sor Ágreda.

–Cuando hablas de sor Ágreda, ¿te refieres a *la monja Virago*, María Coronel?

–Sí, ¿la conoces?

–¿Cómo no la iba a conocer? Tenía el don de la bilocación.

Me quedé boquiabierta.

–¿Qué es eso?

–Pues es el don de poder aparecer en otro sitio sin moverte de tu casa.

–No entiendo.

–Sor Ágreda no salió de su convento de Soria en toda su vida, sin embargo se apareció a los indios xumanas de Tejas y a los de otros pueblos de Nuevo México. Esas apariciones tuvieron mucho que ver en la evangelización de los indígenas.

Me reí.

–No me extraña nada, si se te aparece una señora que vive a miles de kilómetros es para creer en lo que sea. Por cierto, ¿por qué le llamaban *monja Virago*? Ya sabéis lo que quiere decir virago, supongo.

Katalina me miró con suspicacia, pero no dijo nada.

Kiwi levantó los hombros, indicando que no tenía ni idea.

Aclaré el concepto.

–Virago se dice de las mujeres masculinizadas. O sea, que esa monja era como tú, ¿no?

–Muy graciosa.

Kiwi fue a mala idea:

–¿Fuisteis muy amigas?

–No pienso contestar. Sor María Jesús de Ágreda, como os digo, fue confesora de Felipe IV. ¿Os suena ese rey?

Me ofendió.

–Claro que sí, tenía cara de caballo y llevaba unos bigotes como los de Dalí. Su primera mujer fue Isabel de Borbón, con la que tuvo una hija, la infanta Teresa, que se casó con Luis XIV. La ceremonia se celebró en la iglesia de Saint Jean de Luz y la infanta vivió los días anteriores a la boda en la casa Joanaenia, una casa preciosa que da al puerto.

–Bueno, pues Felipe IV era un *bon vivant*. Le gustaban las fi estas y las mujeres.

Aquí volví a hacer una demostración de mis conocimientos.

–Su amante fue Inés Calderón, una actriz muy famosa, todo el mundo le llamaba *La Calderona*. Con ella tuvo un hijo, el único hijo bastardo del rey. *La Calderona* fue alejada de la corte e ingresó en un convento de La Alcarria. Acabó siendo abadesa.

–Estupendo. ¿Sabéis qué era el cuarto bajo de verano?

–No.

–Felipe IV, después de comer, se retiraba a echar la siesta a un cuarto en el que no podía entrar nadie más que él y sus amigos.

Kiwi, la psicóloga, también decidió demostrar sus conocimientos.

–¡No me digas que tiene algo que ver con La Sala Reservada que han abierto al público en El Prado!

–Es muy posible. El cuarto bajo de verano estaba tapizado con desnudos de Rubens, Tiziano, Durero y Tintoretto, para animar las ensoñaciones del monarca.

–Vaya con Felipe IV y sus siestas...

Todo eso estaba muy bien, pero yo quería saber qué pintaba la monja en aquella historia.

–Felipe, a veces, se arrepentía de sus excesos y se confesaba a sor Ágreda por carta, pidiéndole consejo. Se conserva la mayor parte de la correspondencia entre el rey y la monja, pero los expertos saben que falta un buen puñado de misivas, y ésas precisamente son las que estaban en mi poder y que me han robado; además, puedo asegurar que son las cartas más sabrosas.